



Punto de vista

Enrique Sueiro

Doctor en Comunicación de la Universidad de Navarra y consultor

Hay vida después del aborto

Conocí a Virginia en el año 96. Ella tenía 22 y yo 28. Compartíamos inquietudes sociales similares, con la diferencia formal de su militancia socialista. El aborto era uno de los pocos temas de discrepancia, quizá el único. Pasaron los años. Catorce. Cuando la llamé en su cumpleaños exultaba de alegría por su embarazo. Meses después, el diagnóstico reveló unas malformaciones de la máxima gravedad. Abortó. Decidir fue muy duro.

En marzo pasado, en pleno debate social sobre la nueva ley para esta vieja y triste realidad, la profesora Jutta Burggraf y yo publicamos *Ser y parecer defensores de la vida*. En síntesis, intentábamos evitar abortos procurando hacer amable lo bueno (la vida), no obligando a nadie a hacer el bien, comprometiéndonos con el cariño que saca de pozos... y reconociendo que nos puede pasar a

cualquiera. Ese mismo día recibí este sms: «Un artículo como el que habéis escrito reconforta y da impulso. Un fuerte abrazo. Virginia.» Le respondí que, si quería, estaría encantado de escucharla. Así fue, esa misma tarde, durante casi tres horas. Entendí mejor qué significa comprender porque, si me hubieran sucedido la mitad de sus desdichas, probablemente yo habría hecho lo mismo: solucionar un drama con una tragedia.

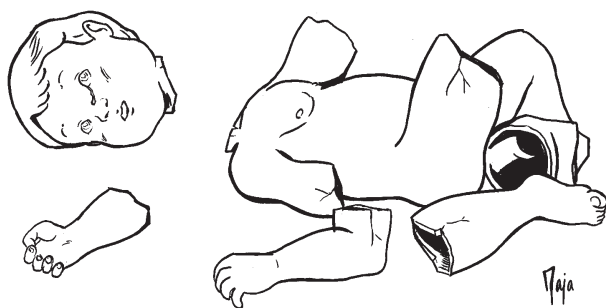
Debates decisivos como el de la vida llegan a minar su base argumental y agigantan su altura emocional. Casi nadie discute hoy qué dice la ciencia; menos aún, qué susurra la propia conciencia. Junto con los esfuerzos de tantas personas que ofrecen valiosas aportaciones políticas, jurídicas, científicas, sociales, etc., cabe también una aproximación emocional.

Sabina canta en *Noches de boda* una deliciosa poesía que inyecta energía en la prosa trillada en torno a

la vida: «Que el maquillaje no apague tu risa, que el equipaje no lastre tus alas (...), que gane el quiero la guerra del puedo, (...) que los que matan se mueran de miedo. Que el fin del mundo te pille bailando (...). Que el corazón no se pase de moda (...). Que las verdades no tengan complejos, que las mentiras parezcan mentira (...). Que no se ocupe de ti el desamparo (...), que ser valiente no salga tan caro, que ser cobarde no valga la pena. Que no te compren por menos de nada, que no te vendan amor sin espinas, que no te duerman con cuentos de hadas, que no te cierren el bar de la esquina.» Suscribo todo y —para quienes intentamos ser y parecer católicos— añadiría un verbo y un sustantivo conciliables con la versión original: bailando-rezando y bar-iglesia.

Con otro estilo, Axel canta en *Celebra la vida*: «Piensa libremente, ayuda a la gente y por lo que quieras lucha y sé paciente. Lleva poca carga, a nada te aferres porque en este mundo nada es para siempre (...). Y si alguien te engaña al decir "te quiero", pon más leña al fuego y empieza de nuevo. No dejes que caigan tus sueños al suelo, que mientras más amas más cerca está el cielo. Grita contra el odio, contra la mentira, que la guerra es muerte y la paz es vida (...). Celebra la vida y deja en la tierra tu mejor semilla. Celebra la vida, que es mucho más bella cuando tú me miras.»

Todos necesitamos una mirada y un tú. Además de canciones, hay libros desbordantes de ternura, comprensión, cariño y perdón. Un clásico de moda: el Evangelio. En el fondo, es una historia de amor que muestra, entre otras cosas, cómo el perdón no cambia el pasado, pero sí el futuro. Hay vida después del aborto. Virginia lo sabe.



Saber escuchar

Joan Guiteras i Vilanova

Deán del Capítulo Catedral de Barcelona

«Lloraba fácilmente»

El papa Pablo VI, cuando era arzobispo de Milán, predicó sobre san Ambrosio, obispo de la misma sede, en el siglo IV. Este santo fue un obispo valiente y fuerte. De carácter firme. Sin embargo, el cardenal Montini lo presenta situándolo más allá de ser un hombre autoritario y severo, intrépido y enérgico. Explica que, sobre todo, gozaba de una gran comprensión humana y bondadosa. Acostumbraba a afirmar que la bondad era la madre de todas las virtudes.

San Ambrosio consideraba que la bondad era su programa y el de sus sacerdotes. En efecto, «hay que saber que nada es tan útil como ser amado, y nada es tan inútil como no ser amado; y por eso tratemos ante todo de influir con la serenidad de la mente y la bondad del espíritu en la buena disposición de los hombres. Pues la bondad es amada por el pueblo y a todos gusta, y no hay cosa que penetre más en los sentimientos humanos». En efecto, la bondad era la gran virtud que sobresalía en él. San Agustín recordó siempre la amable acogida que le dispensó san Ambrosio cuando fue a Milán; quedó prendado de su manera suave de hablar.

San Ambrosio fue un gran pastor de la Iglesia. Incluso, durante los siglos posteriores, fue el modelo

de esta caridad que tiene como objetivo comprender, asistir, sanar, instruir, corregir a todos los que entraban en contacto con él. Ambrosio fue hombre de un corazón magnánimo, y con un amor inmenso, como se encuentra en muchas referencias, amó a la Iglesia. Hablaba de ella con gran afecto. Manifiesta el amor al pueblo un gran gesto: la venta de los vasos sagrados de sus iglesias, para pagar a los bárbaros el rescate de los presos, después de la derrota romana de Adrianópolis. «Mejor conservar los cálices de los hombres vivos que los de metal.»

San Ambrosio, incluso, conmovía a los demás. Lloraba fácilmente. Su biógrafo explica que, cuando alguien se le acercaba para declararse culpable y someterse a la penitencia, lloraba tanto que hacía llorar al penitente. La conmoción era natural en este santo. Él lo atribuía también al gozo. Decía: «También la alegría tiene sus lágrimas.»

Lloraba, también, cuando recibía la noticia de la muerte de alguno de sus sacerdotes. Los amaba por haberlos engendrado en el Evangelio, como si hubieran sido hijos suyos por naturaleza. Y cuando pensaba en los beneficios que había recibido de Cristo, se le escapaba casi un grito: «¡Ay de mí, si yo no amara!»

A propósito de...



P-J Ynaraja

Capellán del Montanyà
(ynaraja@ynaraja.e.telefonica.net)

La Iglesia

La Iglesia de Dios. Esposa amada de Jesucristo. Madre nuestra querida. No sé si se le pueden dar otros títulos, con ellos me basta. En la actualidad hay gente que practica el deporte de denigrarla, se dice que se ha levantado la veda. En éste, como en tantos casos, la ignorancia es atrevida y agresora. Casi siempre, quien así de ella habla, se está refiriendo a la jerarquía y de ello me voy brevemente a ocupar. El símil que utilizaré parecerá estrambótico, nadie me negará su actualidad. Se me ha ocurrido viendo dos fotografías. Me ahorro descripciones prolijas. La primera es de la prensa diaria. El artículo se refería a las disposiciones que dictará la autoridad municipal de un pueblo de la Costa Brava. Afirmaba que se prohibirá ir por el casco urbano en atuendo propio de la playa y se ilustra con la fotografía de unas atractivas señoritas paseando en bikini por la calle. Hay que reconocer que habían sabido escoger a las espontáneas modelos.

La otra procede de internet. Se comentaba que habían salido a subasta tres radiografías torácicas de Marilyn Monroe y se había pagado un buen precio por ellas. Se acompañaba de una reproducción. Cualquier lector se podrá imaginar la imagen. Presentaba una clara visión del tejido óseo y poca cosa más. Ninguna belleza tenía la estructura, que semejaba la maqueta de un monumental proyecto de Calatrava. Líneas de aguante atrevidas, flexibilidad y encajes perfectos. Seguramente se sometió la artista a un examen radiológico, sin perder por ello, la que dicen era espectacular belleza. Pero los rayos Rotgen sólo fueron capaces de grabar en la placa fotográfica unas imágenes que a nadie encandilarían. Y recuerde que eran de la que enloqueció a más de uno. Una mujer con belleza física, cierta inteligencia y simpatía y un corazón insatisfecho, que buscaba atolondradamente amar y ser amada. Una interioridad espiritual plagada de luchas, desaciertos y ensueños. Ésa era su realidad más auténtica. En la escala de los seres vivos nos definimos como cordados y, más concretamente, vertebrados. Son conceptos fundamentales de nuestra corporeidad. Uno no es capaz de imaginar a un individuo carente de esqueleto. No obstante ser verdad lo dicho, excepto a quien le pueda interesar la patología ósea, nadie pensará en este tejido al ver a un individuo o contemplar un acertado retrato de él.

Dicho esto, perdónese la comparación que utilizaré. La jerarquía es el esqueleto de la Iglesia. Así como sabemos que hay personas privadas de audición, otras que le falta una pierna o que les queda un solo riñón, nadie puede imaginar un organismo humano vivo, carente de esqueleto, lo repito. A un precioso tablón de pino-Oregón, puede encontrarle múltiples defectos un constructor de guitarras clásicas. Un carpintero apreciará uno de pino-Valsaín, que no le servirá a un decorador, quien preferirá los decorativos nudos de uno de Soria. Para un profano, un brillante es una joya, carbono puro cristalizado, tallado en 56+2 facetas. Ésa es la definición, pero enseñad uno a un experto joyero y os hablará de tonalidades y fracturas internas y de aciertos e imperfecciones de la talla. Los expertos ven defectos. Los profanos admiramos un rojizo tablón de oregón que se luce en una repisa, una viga de melis, que sostiene un techo o una maravilloso anillo. La Santa Madre Iglesia es una rica joya de cuya vitalidad gozamos o los esbeltos troncos de una pérgola, bajo la que muchos nos cobijamos. Todo quisque tiene derecho a sacarle faltas pero será injusto e incorrecto quien sólo se fije en ellas, como quien de Marilyn sólo supiera cómo era su esternón y sus costillas. (Continuaré.)